

pos de beligerantes, lo único indubitable es que uno de ellos lucha por una causa que es buena en conjunto, aunque sea mala en algunos extremos; mientras que el otro pelea por una causa injusta, aunque resulte justa en algunos detalles.

Es absurdo hablar de la primacía de individuos, naciones y humanidad. La única primacía legítima es la de las cosas buenas y las causas justas. Y si me preguntáis quién ha de decidir sobre la bondad y justicia de las cosas y las causas, os contestaré que nadie decide. Ellas son buenas o malas, justas o injustas, con independencia de nuestra voluntad.

Resumen de varios artículos de Ramiro de Maeztu.—E. J. R.

Donde no se siente la individualidad absoluta, no cabe sentir la humanidad tampoco.

Un pueblo para quien la verdad oficial es la verdad, que no sólo no discute a sus autoridades sino que las cree a pies juntillos, un pueblo que no duda de la previsión de sus directores, eso no es más que un pueblo cavernario. Y aunque muchos de los individuos que lo componen sean eminentes en tal o cual disciplina técnica de los conocimientos humanos. Porque se puede muy bien ser una autoridad científica en química, en física, en cálculo infinitesimal, en psicología experimental, en astrología o en exégesis bíblica, y tener un alma de niño o de hombre prehistórico de las cavernas. La infantilidad se aúna muy bien con la sutileza teórica.

Sería terrible cosa que ese pueblo de presa, unido y unificado para lanzarse sobre los demás, lograra su propósito de dictar al mundo su diferenciación del trabajo social y organizar a Europa, que

según el profesor Ostwald, está por ser organizada. Y organizar el mundo a la alemana sería, ¡claro está! convertirlo en una máquina. «La tarea general de la civilización—consiste en obtener para las energías que hay que transformar, coeficientes de transformación lo más ventajosos posible.» De esta manera tan elevada define el progreso el mismo profesor Ostwald, en el capítulo último de su obra *La Energética*. El criterio es del más grosero materialismo—él diría monismo—de fines del siglo XIX.

No, la unidad de un pueblo de presa no demuestra la superioridad moral de ese pueblo. Es la disciplina de una partida de bandoleros. Ni el cuartel ni el convento pueden ni deben ser ideales de una sociedad civil, es decir, civilizada. Son preferibles los mayores males de las verdaderas democracias. El lector que haya leído la *Historia de Grecia*, de Jorge Grote, recordará, sin duda, la noble, la nobilísima defensa que este liberal inglés hizo de la democracia, y aun de la demagogia ateniense, frente a los que la vilipendiaban para exaltar al espartanismo.

No, el hormiguero, por muy perfecto que sea, no es un ideal humano. Y si un alemán, el profesor Natorp—¿pero es que hay alemán conocido que no sea profesor en algo, siquiera en milicia?—ha dicho que el individuo no es, como el átomo, más que una abstracción, nos ha enseñado con ello que aquel Yo con letra mayúscula de Fichte y aquel Unico de Max Hirver, no fueron más que abstracciones. Y donde no se siente la individualidad absoluta, el valor supremo del alma humana individual,